

# DISCURSO INAUGURAL

LEIDO POR EL

Excmo. Sr. D. Cayetano del Toro  
y Quartiellers,

Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirujía

DEL DISTRITO DE CADIZ,

el día 1.º de Noviembre de 1891.



SOBRE LA OBSERVACIÓN Y LA EXPERIENCIA SE BASA TODO EL EDIFICIO MÉDICO.



CADIZ.

—  
TIPOGRAFÍA GADITANA.

Argantonio 5 y 7 y Manzana 6.

1891.

12-10  
Caja 4 Folio B1

# DISCURSO INAUGURAL

POR EL

Excmo. Sr. D. Gayetano del Toro  
y Quatiellers,

Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirujía

DEL DISTRITO DE CADIZ.

---

SOBRE LA OBSERVACIÓN Y LA EXPERIENCIA SE BASA TODO EL EDIFICIO MÉDICO.

---

CADIZ.

—  
TIPOGRAFÍA GADITANA.

Argantonio 5 y 7 y Manzana 6.

1891.

*Medicina tota est in  
observationem.*

Sres. Académicos:



AYER solitaria y triste la Real Academia de Medicina, y hoy reinando por donde quiera la animación y la alegría.

Ayer veíase precisada á diferir el momento de la inauguración del año académico y de acometer sus tareas acostumbradas, porque, por causas independientes de la voluntad de todos, ni aún teníamos local en que celebrar las sesiones ordinarias; hoy por la decisión unánime de los Sres. Socios, la Academia hace una instalación modesta pero independiente, y al inaugurar nuestros trabajos, nos encontramos con un material científico tan abundante y rico que nos convence de que el año 1891, no ha de ser perdido para la historia de esta Corporación.

Con razón se ha dicho que la ley de los contrastes domina en el mundo.

En efecto. Al perihelio de los astros sigue su afelio. Después de haber terminado su cotidiana carrera aparente el Sol que iluminando cuanto limita nuestro horizonte sensible constituye el día, sobreviene la noche cuyas tinieblas disipa algún tanto la luna con su azulada luz. Tras del ardiente estío viene gradualmente el helado invierno. La serenidad de la atmósfera

que nos rodea, es turbada á menudo por los remolinos y el rugir del terrible huracán. A la tranquilidad de la mar bella subsigue á veces la agitación de la borrasca.

Aún en nosotros mismos, las galas de la juventud y de la edad adulta, son reemplazadas por los deterioros de la vejez y la total ruina de nuestro organismo que representa la decrepitud.

Nuestros órganos trabajan y descansan alternativamente, subsiguiendo al sistole ventricular el diástole; á la inspiración la expiración; á la contracción muscular la relajación. Al movimiento sucede el reposo; á la risa el llanto; al placer físico ó moral el dolor; á las incitaciones de la pasión la inercia del abatimiento; á la vigilia el sueño; á la salud la enfermedad; á la vida la muerte.

Lo que no se vé ni aún instantáneamente en la naturaleza, es que cese el continuo movimiento impreso á la creación desde el principio del mundo.

Cuando el Autor de cuanto existe, con un pequeño esfuerzo de su voluntad, hizo desaparecer el prehistórico caos, imprimió en el universo un movimiento incesante que nunca terminará, ó cuyo término no comprende nuestra limitada inteligencia.

El *fiat lux* inició la desaparición de la confusión existente entre todos los elementos de la creación, y acto continuo empezó ésta sin que sepamos cuando deba concluir.

Nosotros podemos concebir y aún realizar experimentalmente la creación finita y limitada, pero la creación infinita ni aún á comprenderla osamos.

En la semilla de una planta dicotiledona existe como en las de las otras la planta entera. Allí se encuentra la vida *in posse* y así puede permanecer mucho tiempo: para que se convierta *in actu*, es decir, para que se desenvuelva el vegetal, tenemos que sepultar en la tierra la semilla y darle calor y humedad. Todo esto necesitamos para realizar aquel *fiat lux* que le bastó pensar (no pronunciar siquiera) á Aquel que todo lo puede.

Y después de esto, el epispermo de la semilla se reblandece y deja penetrar por la humedad, en la que se imbiben los cotiledones, rompiéndose luego aquél y separándose éstos, dando

lugar á la producción del tallecito y la radícula que se dirijen el primero hácia la atmósfera, la segunda hácia la tierra, pero en consonancia uno y otra con las necesidades que ha de experimentar el nuevo organismo. Aparecen las primeras hojas estableciéndose la respiración de la planta. Empieza á circular la savia; crece y desarróllase aquélla, y cuando el desarrollo es ya completo y la vida está exuberante, aparecen las flores que con sus agradables perfumes ó sus brillantes colores celebran las bodas del vegetal, que desde este momento se constituye en aptitud de reproducir la especie. Y sepáranse los sépalos del cáliz y ábrense las corolas; y las anteras de los estambres se dehiscen derramando sobre el estigma del pistilo su pólen vivificador, y como producto de la fecundación realizada se desarrolla el fruto y llega á madurar, se abre, y espárcense las semillas sobre la tierra. En esta creación limitada, nuestra intervención sin embargo es muy escasa. No hemos podido siquiera hacer, es decir, crear; nos hemos contentado con colocar la semilla en condiciones para que la vida ya existente en ella y que no le habíamos dado, se evidencie, sin que hayamos podido modificar siquiera sus condiciones. Hemos presenciado la evolución de un individuo vegetal sin trastornarla en lo más mínimo y hemos contribuido á que la especie no se agote; mira especial de la naturaleza, á la que nada importa que un sér, ya se llame la modesta violeta, ya sea el gigante cedro del Libano, ya la trabajadora abeja, ya el monstruoso elefante, envejezca y muera, si la especie continúa existiendo.

Si cualquiera sér organizado, si el hombre mismo, desaparece de sobre la faz de la tierra después de haber cumplido su misión en ella, ¿qué importa esta desaparición individual, si el mundo sigue constituido de la misma manera que preconcebido la Suprema inteligencia?

Ni aún siquiera la materia que entraba en la formación del hombre, como tampoco la de los demás séres organizados, desaparece, sino que sufriendo descomposiciones y nuevas combinaciones, encuéntranse bien pronto sobre la superficie de la tierra, en sus entrañas ó en el aire ambiente, todos los elementos, absolutamente todos, los que constituían el sér que desapa-

reció de la escena. El hombre ha dejado de existir, pero su parte material solo ha sufrido un cambio de forma, y de aquél como tal, únicamente quedan los beneficios que sus obras hayan podido producir á sus semejantes, los pasos que haya hecho dar á la humanidad en el camino del progreso, que aunque humano es indefinido ó quizás lo es por ser humano, pues dirigiéndose ese camino á el conocimiento de lo absoluto, éste se halla á una distancia infinita de nuestra inteligencia, y por lo tanto en el infinito es á donde se encuentra para la humanidad el término de su jornada.

Si pues todo está subordinado al principio primordial á que obedeció la creación; si limitándonos como hemos empezado á hacerlo en nuestras elucubraciones al hombre, éste es nada y la humanidad lo es todo, debemos hacer algo más que crecer, desarrollarnos, multiplicarnos y morir. De otro modo nuestra misión en la tierra sería igual á la del gusano de la seda ó á la de cualquiera otro animal inferior. Rompe aquél la cubierta del huevo, nace la larva, que voraz en extremo desarróllase rápidamente para construir la prisión de seda en que se esconde, transformándose en crisálida y saliendo ya mariposa á cumplir la función que interesa á la especie, la reproducción.

Algo más que ésto, pero mucho más, tiene que hacer el hombre. Si en su cerebro arde la llama purísima de la inteligencia que lo distingue de todos los animales y le permite concebir el bien y la verdad y comprender cuál es el destino de su especie, á la adquisición de aquéllos y á la realización de éste, debe dedicar sus hermosas facultades.

Yo que no tengo conocimientos profundos acerca de cuanto existe detrás de esa tan purísima como ficticia bóveda azul celeste matizada de brillantes lucesitas que nos rodea; yo que en mi conciencia conozco y hasta con júbilo confieso que esos millares de mundos que pueblan el espacio, esos bellísimos luminares, soles sin duda alguna de infinitos sistemas planetarios, análogos ó idénticos quizás al nuestro, que bullen y bullen sin cesar en el espacio sin confundirse en sus órbitas, sin tropezar entre sí, á pesar de su inmenso número, á la manera como también bulle y circula por nuestros vasos esa infinidad de glóbu-

los rojos y blancos que constituyen nuestra sangre sin estorbarse tampoco en su camino... no pueden ser hijos de la casualidad ni del acaso, (pues hasta para que éste exista debe existir también su antítesis), sino que hay algo superior á nosotros que al disipar las tinieblas de la oscura noche en que se hallaba el universo en los tiempos del caos, estableció las leyes inmutables y difíciles ó imposibles de conocer, porque se rige lo creado.

Y téngase en cuenta que esta confesión es puramente voluntaria é hija de mi convencimiento. Mi imaginación no se halaga por la esperanza de una recompensa póstuma, ni se conmueve ante la posibilidad de un castigo ulterior, ni las leyes escritas infunden temor en mi ánimo y me retraen de la comisión de ciertos actos. Hay una voz dentro de mí como de todo hombre, la voz de la conciencia, que me señala la senda moral que deba seguir y regula mis creencias; una voz que siempre indica el camino estrecho del deber, marcando lo que las leyes divinas exigen, lo que las humanas sancionan, aunque yo ignore á veces el texto escrito de esas leyes sustantivas. ¡Con verdad afirmaba Kant que la razón pura basta para la adquisición de los conocimientos aún del orden más elevado!

También esa voz interna avisa al hombre, que molécula constituyente de ese todo que se llama humanidad, á la realización del destino de ésta debe encaminar sus pasos. *Nisi utile quod facimus stulta est gloria.*

Estamos, pues, obligados á dedicar nuestra inteligencia y nuestros medios al hallazgo de la verdad y á la práctica del bien, cada uno en la esfera de su posibilidad y en la medida de sus facultades (que en el taller moral como en el taller físico es indispensable llevar á la práctica la división del trabajo, y acomodar éste á la fuerza ó la inteligencia del obrero.)

Y á nosotros que nos ha cabido la suerte de dedicarnos al cultivo de una de las ciencias más útiles para la humanidad, pues sin salud y sin vida no puede cumplir el hombre su destino, y á procurar la segunda y á devolver y conservar la primera nos dedicamos; tenemos deberes inmensos que cumplir, ya individual, ya colectivamente.

La historia de la Real Academia de Medicina y Cirujía de

Cádiz, nos señala el camino que debemos seguir.

Los nombres inmortales de Arriacruz, de Aréjula, de Ameller, de Flores, de Porto, de Benjumeda, de Ceballos y tantos y tantos otros, ¿no determinan al ser pronunciados por nuestros labios, ecos que repercuten en el interior de nuestra alma, infundiéndonos el estímulo necesario para desear imitarlos?

Circunstancias muy superiores á la voluntad de los Sres. Académicos han hecho (como dije al empezar) que tras la animación que en fecha no lejana existía en esta sociedad, haya sobrevenido, obedeciendo á la ley del contraste, una época de quietismo, necesaria quizás para la vida de la Academia, pues si detrás de la vigilia viene el sueño, éste es indispensable para reparar las agotadas fuerzas y volver á aquélla.

Este descanso forzado de la Corporación ha de traer sin duda alguna en pos de sí, un nuevo periodo de actividad, en el que todos hemos de salir ganando. La Academia en su buena reputación y fama; algunos como yo, porque hemos de aprender mucho; Cádiz, porque ha de ceñir nuevos laureles á su brillante corona como madre de sábios eminentes; la humanidad, porque á su beneficio han de ir encaminados todos nuestros trabajos.

Nobleza obliga y los herederos de los que han estado á la cabeza del movimiento científico en nuestra patria, no hemos de renegar de nuestra prosapia, desfalleciendo hoy y abandonando nuestro puesto de honor y de combate.

La ciencia médica atraviesa una crisis de la que ha de salir triunfante, presagiándose días de gloria.

La tendencia actual es muy diferente de la de estos últimos tiempos. Antes era preciso ser filósofo para ser médico; hoy ha pasado la época de las disquisiciones filosóficas.

Ya no se entretienen meses y aun años nuestras Academias comparando las doctrinas vitalistas con las materialistas. Ni el monodinamismo ni el bidinamismo preocupan gran cosa á los médicos, que tampoco se interesan mucho en demostrar si es cierto ó no, que como quieren los organicistas, en todo germen hay un principio ó fuerza que en determinadas condiciones ocasiona fenómenos de composición y de descomposición de los que resulta la formación de órganos dispuestos para ejercer ciertas

funciones, y ni aun se fijan en que olvidados luego estos doctrinarios del principio ó fuerza creadora que admitieron, no ven más que órganos y funciones y consideran la vida como el resultado armónico del juego de los órganos.

Hasta ha pasado de moda discutir sobre las fórmulas fisiológica, patológica y terapéutica de cada uno de los sistemas indicados. Verdad es que ni siquiera se habla de las del que Renouard llamó empirismo-racional, á pesar de ser este método terapéutico el que con alguna autoridad brilla aun en el horizonte médico y quizás con más fulgor que nunca.

La ciencia médica no pretende hoy reconstituirse en el parlante de la discusión. Si de ésta brota á veces la luz, también se producen las interferencias, que la palabra sirve lo mismo para expresar que para ocultar el pensamiento.

Hipócrates, Galeno, Platon, Aristóteles, fueron hombres eminentísimos, sin duda, como médicos ó como filósofos, pero sus teorías no se discuten y sus nombres no son recordados hoy como fundadores de escuelas ó de sectas médicas, sino para tributarles el respeto y admiración á que se hicieron acreedores.

Si á las puertas de los templos se adquirieron y fijaron los primeros conocimientos médicos, en nuestra época no pueden conseguirse sino en el laboratorio, en el gabinete experimental y en la sala de clínica. Hoy más que nunca puede proclamarse en alta voz y á todos los vientos, que la medicina no puede basarse sino en la observación y en la experiencia. ¿De qué otro modo hubieran podido hacerse las conquistas de que la ciencia blasona?

Si se conocen las virtudes eficacísimas de innumerables sustancias que bajo la forma de principios extractivos para facilitar su administración, producen el alivio ó la curación de multitud de enfermedades, ¿á qué se debe?

Si la ciencia del diagnóstico ha hecho tan considerables progresos; si hoy se distingue fácilmente la apoplejía cerebral de la embolia de la arteria de la cisura de Sylvio; las alteraciones de las válvulas mitral y tricúspide de las de las arterias aorta y pulmonal; si la tuberculosis se reconoce desde su principio sobre la platina del microscopio y del mismo modo se diferencia

la peste del Ganges de los otros diversos estados patológicos con que podría confundirse; si en el fondo del ojo, en el interior de la laringe y en las anfractuosidades del conducto auditivo penetra el médico para arrancar preciosos datos diagnósticos; si con el oftalmoscopio llega hasta á averiguarse el estado del cerebro y el de sus membranas; si por otra parte con el estrofanto y la digital de un lado y el bromuro de sódio ó de potasio del otro se hace funcionar al corazón como lo exigen las necesidades del enfermo; con el gelsemium sempervirens y el haschid se triunfa de ciertas neuralgias; con el paraldeido y el urétano se provoca sin riesgo el sueño en los dementes; con la antipirina y la exalgina se modifican las combustiones orgánicas; con el cloroformo y el éter se quita la sensibilidad y con el hipnotismo se obra sobre la conciencia, ¿á qué se debe sino á la observación y á la experiencia?

Sin ellas y sin los conocimientos que de ellas se derivan y el estudio que suponen, ¿se atrevería el cirujano á extirpar la laringe del canceroso; á dilatar los abscesos del cerebro previa la trepanación craneal; á punzar el pericardio lleno de líquido morbozo; á vaciar el derrame pleurítico é inyectar líquidos antisépticos en la cavidad del pecho; á abrir paso franco al exterior al pus de una caverna pulmonal y tratarla en ciertos casos como á un absceso exterior; á penetrar en el vientre, ya para rectificar un diagnóstico, para desanudar unos intestinos, resecar una porción del estómago carcinomatoso, extraer un quiste ovárico ó extirpar una matriz incompatible con la vida de la enferma?

¿Las antiguas cuestiones sobre el vitalismo, el organicismo y el materialismo han producido alguna de estas conquistas, ó aparecieron ellas en cuanto los médicos, abandonando las disquisiciones teóricas, se dedicaron al estudio, basándose sobre la observación y la experiencia?

Con la gravedad del asno, la rutina del castor y el modo de pronosticar de los antiguos oráculos ó la adivinación de nuestras modernas *echadoras de cartas* se podía pasar por médico, y quizás de reputación, hace apenas 60 años. Hoy casi no merece en justicia ese nombre ni se hace digno de la consideración y

del respeto de sus semejantes, sino el que se dedica con afán al estudio; el que trabaja para adquirir criterio propio y fundado en los hechos y el que sigue con constancia el movimiento científico de España y del extranjero; porque en la época de reconstitución en que se encuentra la medicina, en la fiebre de inventar, de descubrir, que domina en los hombres científicos, detenerse un momento, es retrogradar considerablemente.

El médico que esté diez años sin estudiar, queda para siempre retrasado. Cuando quiera volver á la abandonada ruta, todo es nuevo para él; apenas si conocerá la tecnología.

La labor ahora es incesante y hasta en los fracasos de determinados experimentadores se encuentra provechosa enseñanza.

Si las inyecciones anticoléricas de Ferrán no obtuvieron éxito; si los métodos intensivo y suprainensivo de Pasteur para el tratamiento de la rabia han podido producir malos resultados; si la linfa de Koch no ha correspondido á las esperanzas concebidas y la trasfusión de la sangre de cabra ha resultado perjudicial, ¿reprobaremos acaso los intentos de esos hombres eminentes? ¿Acaso esa misma falta de éxito no nos ha proporcionado una enseñanza de que debemos aprovecharnos? ¿Y á quién sino á la observación y á la experiencia debemos esa enseñanza?

Sí: la observación y la experiencia constituyen la única base racional para los adelantos de la medicina, y este principio tan absoluto no es moderno; fué proclamado por la Escuela de Cos, y desde entonces continúa reconociéndose por todos.

Es una pirámide de granito que ni el tiempo ni los accidentes atmosféricos han podido ni pueden destruir. ¡Tal es su fortaleza!

Pero distingamos.

Por observación se entiende, la atenta consideración de los fenómenos naturales, y experimentar es producir artificialmente estos fenómenos.

Más no pueden ni deben ser la observación pasiva é indiferente, ni la experiencia ciega.

Treinta años observa un enfermero á los dolientes encomen-

dados á su cuidado y vigilancia, y en ese tiempo apenas ha aprendido otra cosa que ciertos signos muy generales y determinadas prácticas rutinarias. Hace falta algo más que mirar; hay que mirar con los ojos de la inteligencia; hay que proponerse algo al observar.

Si queremos apreciar el decúbito que guardan los enfermos de una sala de clínica, no nos bastará saber que unos se echan sobre el dorso, sobre uno ú otro lado aquéllos, sobre el vientre éstos, tienen que permanecer sentados algunos, y se hallan en una agitación incesante otros. ¿Nos bastan estos datos ó nos dan algún conocimiento?

Precisa para que la observación sea fuente de éstos, que apreciemos quienes son los que adoptan éste ó aquél decúbito, y la causa de su adopción, y que procuremos explicarnos el porqué. Vemos por lo tanto que la observación ha de ser inteligente y activa, pues no hemos de fijarnos como el extático en la contemplación absorta y muda del objeto de su místico ensueño.

Si la observación no tiene los caracteres más arriba indicados, es completamente inútil.

Respecto á la experimentación debe reunir también ciertas y determinadas condiciones. Experimentar al capricho es fiar al acaso las conclusiones del experimento. Si trato de averiguar las propiedades del medicamento C. ó R. no puedo comenzar su administración á diestro y siniestro y sin regla ni precepto alguno. Empiezo por estudiar física y químicamente la sustancia y averiguar sus analogías ó diferencias con otras que me son conocidas y de este modo ya obtengo datos apreciables, que tal vez me hagan concebir algunas de sus indicaciones. Dóile luego en pequeñas cantidades á un animal sano y á otros y otros, pudiendo en ciertos casos y después de saber su acción y de conocer la dosis en que pueda ser tóxico para no llegar á ella repetir la experiencia en el hombre, y así podré saber el modo de obrar de la sustancia en cuestión. Entonces y con el caudal de conocimientos adquiridos, medito sobre la influencia que la acción fisiológica aprendida puede ejercer en el estado de enfermedad, emprendo cautelosamente otro género de investiga-

ciones para estos casos, y al cabo de multiplicar, variándolas, las experiencias, llego á la adquisición de la verdad.

Véase, pues, que no es tan fácil el experimento que el padre de la medicina calificaba en su primer aforismo de *periculosum*; pero que hecho en las condiciones que he expresado, no puede implicar riesgo alguno, sino es fuente preciosa de conocimientos é indispensable para los adelantos de la ciencia.

Otro guía necesitan sin embargo la observación y la experiencia y es el conocimiento exacto del organismo funcionando ya normalmente, ya de una manera anormal.

¿Por qué el enfermero de más talento ó la asistente más idónea no pueden adquirir conocimientos que sirvan para enriquecer la ciencia médica?

Porque el uno y la otra desconocen la naturaleza humana; porque ignoran los órganos que concurren á realizar ésta ó aquella función del organismo; porque no saben las relaciones directas ó indirectas que tienen estos órganos con algunos más ó menos remotos; porque no han podido averiguar el trastorno que sufren las funciones ni las lesiones que se ocasionan en los órganos al cambiarse en patológico el estado normal. Pueden observar y observan sin duda alguna los fenómenos que á su vista se presentan, pero no pueden darles su interpretación genuina.

Si la patología homeopática no se opusiese á todas las leyes de la naturaleza, el considerar á las enfermedades como conjunto de síntomas sin orden ni prelación alguna y á los medicamentos como agentes que determinan estados análogos á los patológicos y capaces de sustituir á éstos bastarian para relegar á la medicina de Hanheman, al puesto bien secundario que le corresponde y que no es otro que el que puede alcanzar el dinamismo más abstracto como principio y la expectación más absoluta como fórmula terapéutica.

La anatomía y la fisiología ya normales ya patológicas son las brillantes lumbreras indispensables para observar y experimentar con fruto en medicina. Conozcamos al hombre sano dentro de los medios que le rodean, conozcamos los trastornos que son capaces de sufrir las admirables piezas de su compli-



cado organismo y la manera cómo aquéllos pueden producirse y lancémoslos al ancho campo de la observación y la experiencia.

Ahora bien; entendidas éstas del modo que acabo de expresar, se ha constituido la ciencia médica y los que un tiempo eran datos incompletos, nociones ligeras, han llegado á la categoría de hechos universalmente reconocidos que han podido servir de inquebrantable base para establecer principios generales por nadie puestos en duda.

Observando y experimentando juiciosamente adquirimos sin cesar conocimientos, aquilatamos los ya adquiridos, averiguamos las leyes á que obedecen los fenómenos y las modificaciones que sufren estas leyes al tratarse de la naturaleza humana; en una palabra, aprendemos, es decir, nos colocamos en el único camino que conduce á la averiguación de la verdad en medicina.

Siempre que la ciencia médica se ha separado de la observación y de la experiencia ha obtenido inmensos fracasos.

Cuando el organismo humano se asimilaba á un taller mecánico; cuando no se consideraba más que el *strictum* y el *laxum*; cuando la irritación jugaba tan grande papel en la patología; cuando la incitación excesiva ó deficiente era la causa de todos los fenómenos morbosos; cuando la doctrina de los elementos de la Escuela de Mompoller adquiría prosélitos, ¿qué extraño era que una multitud de principios nacidos en el gabinete, tal vez á las altas horas de la noche, que son las de los aparecidos y duendes, al amor de la lumbre y en medio de las delicias del hogar, ni pudieran llegar á la categoría de verdades inconcusas, ni alcanzar triunfos reservados tan solo á quienes los pretenden en las zozobras de la clínica, los horrores del anfiteatro y los trabajos del laboratorio?

Y apesar de querer acomodar los hechos clínicos al lecho de Procusto, de aquellos pretendidos principios, á menudo el ajuste era completamente imposible.

Hoy que los conocimientos médicos van á buscarse á su verdadera fuente, la de la observación y la experiencia, quizás no podamos establecer leyes generales tan seductoras como las de

las antiguas escuelas doctrinarias, pero pocos ó muchos los principios que hayamos podido investigar y hasta sin el enlace que antes se pretendía establecer entre todos, resisten y resistirán á la corriente de los siglos. No es oropel que seduce, es oro que vale.

»Cansados los médicos de sus antiguas disputas sobre la vida y las fuerzas vitales y la fuerza medicatriz y la acción electiva de ciertos medicamentos, etc., etc., (decía yo en el Congreso médico de Cádiz de 1879, y no me cito como una autoridad, pues no lo soy, sino para probar que pienso hoy como entonces) á la tribuna ha sustituido el laboratorio, á las discusiones interminables las investigaciones histológicas, á las hipótesis más ó menos plausibles los resultados de la observación y la experiencia.»

Ahora bien, en la época actual de reconstitución de la ciencia, brillante papel está reservado á la Real Academia de Medicina y Cirujía de Cádiz, que saliendo hoy de su forzada y breve inercia con la actividad por línea de conducta y el trabajo por bandera, vuelve por sus fueros y ha de hacer reverdecen los antiguos pero bien merecidos laureles.

Es nueva Minerva que sale armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, para adquirir el imperio de la ciencia.

Señores Académicos:

Si como yo estais convencidos de que la observación y la experiencia son la base única de los conocimientos médicos, tema que he pretendido desenvolver en este escrito, aunque sintiendo no haberlo podido hacer como este sitio exige y vosotros mereceis; si austeros sacerdotes de Esculapio, teneis como creo la conciencia de que ya que á la medicina debemos nuestra posición, nuestra fortuna, el puesto que ocupamos en la sociedad, la suerte y el porvenir de nuestros hijos... la humanidad á cuyo servicio estamos, nos impone trabajos y toda clase de estudios, vigiliias y sacrificios, y la Corporación cuya medalla ostentamos con orgullo nos reclama imperiosamente que correspondamos á la historia de la Academia y á los preclaros timbres de la ciudad que nos alberga.

Cádiz, cuna de tantos hijos ilustres, teatro de tantos hechos

heróicos; preciado tesoro de fenicios, cartagineses y romanos; bello jardín del moro; rico florón de la corona de Alfonso X de Castilla; Cádiz único resto de España cuando el Capitán del siglo quería borrar á nuestra patria de la lista de las naciones y que mientras detenía ante sus murallas á las aguerridas huestes de Marengo y de Austerlitz haciendo posible la organización primero de la resistencia y de la reconquista luego, entretenían los ocios sus heróicos habitantes en confeccionar y promulgar el venerando Código constitucional de 1812: Cádiz, emporio del comercio en tiempos próximos y siempre la población ensalzada de los poetas por su belleza y por la cultura de sus habitantes, tiene también una brillantísima historia médica.

De aquí salieron los que en Barcelona y en Madrid fundaron sus renombradas escuelas después de haber establecido la gaditana. En Cádiz se escribió por el inmortal Aréjula la primera historia de una epidemia de fiebre amarilla. De nuestra bahía partieron los médicos que llevaron á América con la linfa preservadora de la viruela, la salud y la vida á innumerables individuos del continente donado á la civilización por el insigne genovés, ahijado de la más virtuosa y heróica de las reinas.

Aún parécenos oír las palabras de Virgili, el fundador de nuestra facultad médica; de Gimbernat que se inmortalizó con el descubrimiento del ligamento que lleva su nombre y escribió el tratado más completo de enfermedades de los ojos; de Aréjula, sábio patólogo; de Arriacruz, el partero más notable de su época; de López y Florez, eminentes clínicos; de Ameller y Benjumeda, operadores insignes; del dulce Porto, médico de las damas y patólogo distinguido; del extravagante y sábio Azopardo que escuchó los primeros llantos de la mayor parte de los individuos de la generación que subsiguió á la suya; de Arbolea, aquél prodigio de elocuencia que hacía atractivo y agradable el estudio de las desventuras que aflijen á la humanidad; de Gabarrón, de universales y profundos conocimientos; de Villaescusa, cuya fé en sus convicciones le llevó á sostener frente al mismo Broussais, elocuente tésis; de Ceballos cuyo envidiable talento y actividad se empleaban en estar al tanto de los últimos adelantos; de Iquino, cuya prodigiosa memoria todos admirábamos; de Hon-

tañón, escritor concienzudo y profundo anatómico; de Barrocal, que con tanto acierto llevó el timón de esta Academia largos años; de Marengo, á cuya actividad y amor á la enseñanza se debe la restauración del edificio que ocupa la facultad de Medicina; de tantos y tantos otros médicos insignes, cada uno de cuyos nombres forma una hoja de la inmensa corona de laurel que con incesante labor el genio de la ciencia viene tegiendo de tanto tiempo atrás para Cádiz, en el templo de la gloria.

No nos arredre sin embargo la magnitud de la empresa. Si nos consideramos pequeños (y cada uno de vosotros vale infinitamente más que yo en el terreno científico) recordemos que una sola gota de agua es la que derrama un vaso, que el último miligramo es el que que inclina la más gigantesca balanza: que la caída de una manzana fué la causa del descubrimiento de las leyes de la gravedad y por ende de las de la gravitación de los astros, y pensemos en último resultado que si damos á la ciencia cuanto somos y cuanto valemos, ni Cádiz ni la medicina, ni la humanidad, pueden tener para con nosotros la menor exigencia.

¡Quién sabe si no estará tan lejano el día en que se realicen las palabras que en sentido profético, profiriera un ilustre maestro en ocasión análoga á la presente!

*Olim Cos, nunc gadicensis scola.*

He dicho.

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



3743875234

